

No mires atrás

No puedes matar al tiempo con el corazón. Todo ocupa tiempo. Las abejas tienen que moverse muy deprisa para permanecer quietas.

David Foster Wallace, *En lo alto para siempre*, 1999

Era uno de esos domingos del verano cuando todos se sientan y comentan.

John Cheever, *El nadador*, 1964

A veces, el tiempo se percibe en el corazón con el ritmo de una lengua de lava negra, que dilata las cosas haciéndolas tersas y anchas como un traje de baño de señora. El tiempo, en el calor del verano, no tiene la dureza del cuarzo ni nada que se le parezca. En ese tiempo, todo se expande en una diástole perpetua, y un conductor tendría la sensación de no avanzar ni un milímetro de no ser por el aire que entra por la ventanilla, derecho contra sus ojos. El conductor intenta recordar, mientras mira pasar las casas y los árboles, los semáforos y las aceras, y también los otros coches, hasta convertirse en sombras, hasta que ya no son más que otros coches, aceras, semáforos, casas y árboles sumergidos bajo las aguas del pantano –un pantano inmenso que lo inunda todo hasta la asfixia–. Los lugares ofrecen en los letreros nombres curiosos, como Ventura, Atascadero, Marina, Milpitas..., nombres que el conductor olvidará al doblar la esquina, y el viaje sólo tendrá sentido al mirar cómo la línea discontinua se convierte en una mancha irregular unos metros más allá.

Inesperadamente, el pantano se convierte en una gran piscina de color turquesa, con reflejos rosa chicle, y el ruido de los bañistas se enturbia con el vapor del cloro. Bajo el agua, las líneas se curvan y los cuerpos se acercan amenazantes, dejando tras de sí un rastro de pequeñas burbujas. Bajo el agua, sólo el ruido del aire saliendo apresurado de la nariz marca el ritmo de la brazada; con cada una, una menos. El cuerpo se desliza, escurriéndose hacia delante, persiguiendo el latido del corazón, más y más deprisa. El nadador sabe que, en el agua, el tiempo es diferente al del valle cuando lo cruza por carretera. Pero es que ha olvidado que el valle está inundado, y ahora se enfrenta a él casi sin fuerzas, y bien que podría ganarle la partida y llegar al otro lado, pero le duelen los pies y le escuecen la espalda y las pantorrillas, porque se tumbó desnudo sobre la grama. Ahora, cree saber que está a punto de quedar paralizado y comienza a recordar las situaciones absurdas que le han llevado hasta ese límite. Su mente no descansa y vuelve para lamer la misma herida, hasta desgastar cualquier resto de su recuerdo. Ya no se paraliza. El dolor es infinito, pero no puede dejar de moverse.

Podría ser en una tarde de verano, en la que el mundo habría dejado de parecerse a lo que le prometieron o creyó que le prometían. Las caras de los peatones que no se atreven a cruzar, las de los bañistas que vigilan a los niños con sus abuelas, las de los adolescentes que están celebrando la subida hormonal del sábado, las de los tipos que se sientan orgullosos en el coche de al lado, se convertirían en una mascarada ridícula. En ese momento empezaría a hacerse preguntas sin sentido y el mundo caería sobre sus párpados como un aire caliente y salobre, un aire sucio. Esa tarde, el sueño se habría roto como una promesa estúpida, y él sentiría un leve cosquilleo en la nuca y un repelucó incómodo en la espalda, y comenzaría a ver cómo el asfalto se hincha y las farolas engordan, y vería reflejos incongruentes, como espejos inclinados hacia arriba. Sentiría el mordisco de la fiebre hasta quedar desarmado y tendría la tentación de regresar. Los recuerdos se agolparían como latidos futuros, hasta mezclarse con el ruido del motor. Por unos segundos, creería que el viaje había acabado y una saliva densa bajaría por su esófago hasta comprimir el centro del pecho; notaría el roce de sus vértebras al comenzar a girar la cabeza, impulsado por un resorte incontrolable, mientras sus ojos, distraídos, barrerían el campo focal hacia su izquierda. Entonces, una sombra imprecisa cruzaría su mirada como un disparo y le haría encogerse como un feto, hasta que sus latidos golpeasen su garganta, forzando hacia adelante su atención. De repente, se haría consciente de todos los detalles y vería el paisaje tras el parabrisas con la nitidez sin aire de una grabación digital, y sabría que el viaje no había hecho más que empezar.

Sevilla, junio de 2005